

haya de haber un magistrado tan injusto que sacrifique á la vil y baja pasion del interés los buenos deseos de su corazon, los remordimientos de su conciencia, y los intereses de la justicia y de la vindieta pública?

Creó Pilatos bastaría este castigo de Jesús para apaciguar el ánimo enconado de sus enemigos; pero considerando que trataba con espíritus indóciles y obstinados, é incapaces de escuchar la razon, esperó ganarlos por otro medio que le ocurrió entonces y le pareció el mas acertado. Efectivamente, desde los primeros años de la sujecion de los judíos á los romanos, habian conseguido de los emperadores, que en memoria de la libertad de los hijos de Israel del cautiverio de Egipto, el gobernador enviado por el César les diese á su eleccion en tiempo de la Pascua uno de los judíos puestos en prision por delito capital, y que se concediese al preso, no solo la libertad de su persona, sino una abolicion irrevocable de su delito. En esta ocasion creó Pilatos que los pondria en la necesidad de consentir en la libertad de Jesús; y como estaba persuadido de su inocencia, así como de la envidia con que lo miraban los príncipes de los sacerdotes; y como por otra parte no ignoraba de que no habian recibido de Jesús sino beneficios y favores, les cóartó la eleccion á dos personas, sobre las cuales únicamente habian de deliberar en punto á la preferencia. El uno era el Santo de los santos, el otro era un famoso delincuente llamado Barrabás, al cual habian cogido con las armas en la mano en una sedicion, en que habia cometido un homicidio; por otra parte ladron de profesion, y desacreditado por sus robos y latrocinios; y puesto el pueblo á su presencia, le dijo: Hoy es día en que debeis gozar de las gracias que es costumbre concederos: quiero dar libertad á un preso con motivo de la solemnidad de la Pasena; pero quiero que vosotros elijais entre dos que os nombraré. Me habeis presentado á Jesús de Nazareth para que le juzque; y habiéndolo examinado en vuestra presencia, y en particular, nada encuentro en él digno de muerte; mirad pues á cuál de estos dos quereis que dé la libertad: á Jesús, ó á Barrabás. No hay duda que esta alternativa era demasiado humillante para el Salvador; pero su Majestad devoró toda amargura en el fondo de su corazon solo por nuestro amor.

Imaginaba Pilatos que al nombrar los sujetos que les proponia, no habia de haber duda en la eleccion, y que el pueblo clamaria por la libertad de aquel que era tenido por Mesias, antes que por la de un público malhechor; pero los príncipes de los sacerdotes y los ancianos ya habian prevenido al pueblo, y le hicieron pedir la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús. La respuesta del pueblo pidiendo la libertad del asesino y la muerte del justo, no pudo dejar de sorprender al gobernador, el que á vista de tanta fiereza é inhumana crueldad, nó pudo menos de interrogar con fervor al pueblo y de decirle: ¿Qué quereis pues que haga del que llamais rey de los judíos ó de Jesús, que se denomina Cristo? Pero agitado el pueblo y conmovido por el furor de los sacerdotes, clamó y dijo: Crucificalo. Con frecuencia les traia Pilatos á la memoria esta idea de Cristo y de su rey con la esperanza de inspirarles alguna moderacion; mas nada le salia bien, ni nada era bastante para ablandar su corazon endurecido. Sin embargo, replicó Pilatos al pueblo: ¿Qué mal os ha hecho Jesús? ¿qué delito tiene para que le condene yo? Crucificalo, crucificalo, instaron, con nuevo estruendo y alboroto; nosotros pedimos su muerte, él la merece y tú puedes negarla. Yo, respondió el presidente, no puedo concederla, pues no hallo causa ni pretexto para hacer que muera. Yo lo castigaré y lo pondré en libertad. A estas palabras volvió á encenderse el fuego, se aumentó la gritería y creció el tumulto; y entre los ecos broncos de la sedicion, solo se oian estas voces que cada vez adquirian mayor fuerza: Crucificalo, crucificalo.

Temblando Pilatos, viendo que crecia y amenazaba la sedicion levantó la voz y dijo al pueblo: Quedarán satisfechos vuestros deseos; pero yo quiero que conozcais la disposicion en que me hallo; y creyendo apaciguar ó suavizar de algun modo la rabia de los enemigos de Jesús, hizo que lo atasen y azotasen cruelmente con una especie de látigos que solo se usaban para castigar á los esclavos. El Rey de los reyes sufrió este tormento sin quejarse; porque siendo Dios, quiso hacerse por nosotros, no solamente hombre, sino esclavo entre los hombres; y el presidente, compelido del miedo de un tumulto, fué instrumento de la justicia divina, prefiriendo violar an-

tes la justicia en perjuicio de la inocencia, que defender la inocencia á costa y riesgo de su propia vida. Debían empero cumplirse las palabras de Jesús y los dichos de la Escritura santa. A sus discípulos habia dicho el Salvador que sería entregado á las gentes para ser burlado y azotado. Ya se habia verificado la burla, y era preciso se siguiesen los azotes. Es llevado al pretorio y sigue á los que le llevan aquel que en breve atracará á sí todas las cosas. Sueltan los verdugos los lazos y le despojan de sus vestidos. Presentan á Jesucristo á la columna, y acercándose á ella la abraza, dando á entender con esta accion magnánima, que si es atado á ella, no es porque el hombre pudo atarle, sino porque él quiso ser atado; y lo fué de piés, manos y cuello, para que no huiese de aquel castigo el que habia venido para buscar á los que huian de él, y para ser herido, maltratado y azotado. Este misterio de Dios azotado en la humanidad tan grande que no puede entenderse cuanto menos explicarse, le refiere así san Jerónimo [1]: “Se acercan seis verdugos; dos de ellos con varas espinosas, dos con nudosas correas, dos con cadenas de hierro: empiezan los primeros á herirle con todas sus fuerzas, añádense heridas á heridas, corre la sangre. Cansados los primeros entran los segundos, y sobre las llagas antiguas añaden heridas nuevas, á los cuales siguen después los terceros, que con garfios arrancan la carne y la piel. Así con el mas furioso ímpetu se arrojan sobre la carne del Verbo encarnado, para que la humanidad, no pudiendo sufrir tantos tormentos, se rinda. Con azotes, con correas, con golpes repetidos unos sobre otros como sobre un duro yunque, arrancan fuerte y atrozmente la piel de la carne, la carne de los huesos, y aun destruyen cuanto pueden la organizacion y la figura del cuerpo humano. Nada querian dejar en él, ni sangre en las venas, ni vigor en los nervios, ni fuerza en los miembros, ni union en las articulaciones, ni carne en los huesos, ni agilidad en las manos, ni firmeza en los piés, ni cabellos en la cabeza, ni belleza en el rostro, ni espíritu en el cuerpo, y por mejor decir, ni aun figura de hombre en la humanidad; de

[1] Div. Hieronim: in cap. 27 Math.

modo que nunca mas verdaderamente que ahora puede apropiarse se aquellas palabras suyas en David [1]: Yo soy gusano y no hombre. Fué en otro tiempo el mas hermoso de los hijos de los hombres [2]; pero ahora por tí soy gusano y no hombre.”

Nada al parecer quiso dejar Pilatos por hacer para libertar á Cristo de la muerte, así como nada omitieron los judíos para dar la muerte á Cristo. Así, mientras uno contra todos intenta eximirle de la muerte, todos contra uno intentan exterminarle con la muerte; en esta competencia en medio de cuanto hacia, vió Pilatos que trabajaba inútilmente. De aquí es que parte á favor de Cristo, parte contra Cristo, á quien no se atrevió á quitar la vida injustamente, quiso castigarle contra toda humanidad y justicia, tanto, que Alfonso y Adolfo juzgan que el número de azotes que le dieron fué de quince mil trescientos setenta; y Lamspergio escribe que por revelacion divina se supo que las gotas de sangre que hicieron derramar á Cristo, pasaron de doscientas treinta mil [3]. Pero tantos golpes, tantas llagas, tantas heridas, tanta sangre, todo es poco si se compara con el amor con que padece y con el deseo de padecer mas y mas; porque este es excesivo, no admite peso, no cabe en número, es infinito. Tanto era el amor de Cristo, que estaba prontísimo por la salvacion de una criatura sola á recibir tantos golpes como arenas tiene el mar, tantas llagas como estrellas tiene el cielo, y á derramar tantas gotas de sangre como átomos hay en la region del aire. Preparado estaba á ser azotado, no por espacio de una hora, sino desde el principio hasta el fin del mundo; en fin, estaba resuelto á morir: por esto obedeció sin réplica á Pilatos; y aunque conocia bien cuál sería el resultado de su inhumana estratagemata, se sometió con silencio á ella; no para que se aplacase el furor del pueblo, sino para que se cumpliesen las profecías, para obedecer á su Padre, y para agotar sobre su carne inocente todas las venganzas del cielo por nuestras culpas.

Aunque conoció Pilatos que eran vanas todas sus tentativas, con-

[1] Ps. 21, v. 7.

[2] Psal. 43, v. 4.

[3] Salmoron, de Flagellatione.

sintió ser inhumano hasta el extremo para ser inútilmente compasivo. Abandonó á Jesús á la licencia de los soldados romanos, que aconsejados de los que tan indignamente le habían tratado en las casas de los pontífices, no se contentaron con imitar su ferocidad, sino que se propasaron; y en tan gran manera le excedieron, que su brutal desenfreno solo puede convenir á la dureza y crueldad de la Sinagoga, y ninguna alma sensible lo puede leer ni contemplar sin derramar torrentes de lágrimas. Habían oído decir los soldados romanos que Jesús se hacía saludar como rey de los judíos, y discurrieron hacer de su Majestad un verdadero rey de burla, añadiendo empero á las burlas los dolores mas acerbos, para que la confusion fuese mas vergonzosa. Al rededor de Aquel que en el trono de su gloria está rodeado de los nueve tronos de los ángeles que le asisten, sirven, adoran y alaban, sin cansarse ni descansar jamás, se reunió la guardia del pretorio [1], y pusieron sobre su ensangrentado y casi exánime cuerpo, un manto ó capa vieja de color de púrpura, tejieron una corona de espinas, la que pusieron y apretaron sobre su cabeza, obligándole á que tuviera una caña quebrada en la mano en lugar de cetro, é hincando la rodilla ante él le escarnecian, mofaban y decían: Salve, rey de los judíos. Y escupiéndole, tomaban la caña y golpeaban su cabeza.

Entre tanto se abren por todas partes las sagradas venas, de las cuales salen arroyos de sangre copiosísimos para lavar las manchas de nuestras culpas. Así los que á Jesús sirvieron de suplicios se convirtieron para nosotros en instrumentos de gloria. Cuando el pueblo ingrato lo entrega, y una soldadesca desenfrenada traspasa su cabeza con espinas; el Redentor se vale de ellas como de amorosas saetas para traspasar el corazón del Padre é inclinarle á la misericordia. Aquí el dolor sobrepuja la fe, y con todo sería un crimen horrendo solo dudar de esta fe. En este desprecio y tormento Jesús es el objeto de la veneracion de los ángeles y de las complacencias de Dios. ¿Y qué hacen en su presencia los cristianos que

[1] Per totam cohortem, non plenam cohortem proetoriam intelligas, quod erat 402 militum; sed apparituram magistratus, seu satellitium, quod erat tunc in officio, Div. August. lib. 3. De consensu Evangelistarum.

se precian de discipulos suyos, delicados y regalados, amigos de su conveniencia ó esclavos de su ambicion? Pilatos con ser un gentil, lo ve, se compadece, y no se consuela sino es con la esperanza que le queda de ablandar con este lastimoso espectáculo los corazones mas duros y sin piedad; así es que habiendo visto á Jesús en tan lastimoso estado, no pudo menos de conmoverse y afectarse; y creyendo que la vista de aquel espectáculo tan triste produciría en el ánimo del pueblo los mismos efectos que en el suyo, salió de su cuarto al balcon, y llamó la atencion del pueblo que esperaba con la mayor impaciencia, diciendo: Esperad un poco, que voy á traer este hombre: le he preguntado y examinado de todos modos, y no hallo en él causa ni delito alguno que le haga merecedor de la muerte.

Estaba un numeroso gentío y una inmensa multitud de judíos fuera del pretorio, cuando apareció Jesús trayendo la caña en su mano, en su cabeza la corona de espinas, sobre sus hombros la púrpura rasgada y rota, que daba lugar para que se viesse bien su cuerpo llagado y denegrido con su sangre, y en su semblante afeado la compostura de un dolor modesto, de una humildad profunda, y de una sumision la mas generosa. Ved á este hombre: yo os le traigo para que sepais que nada hay en él digno de muerte. Miradle bien, y ved si aun vosotros podeis conocerle. Apenas tiene figura de hombre; ¿por qué pues quereis que le quite la parte de vida que le queda, la que necesariamente ha de perder por el exceso de sus dolores? Ved si este es aquel rey formidable á quien acusais de querer usurpar los derechos del imperio. ¿Os parece le quedarán ganas de ser rey, ni que harán las gentes muchos esfuerzos para ser súbditos suyos? Espero que con tan gran castigo quedará satisfecho vuestro deseo; porque de tal manera lo he corregido, que mas es digno de compasion que de envidia.

Si los directores de aquel pueblo bárbaro, ciego y fanatizado no fueran tan perversos y malignantes, seguramente que el pueblo se hubiera compadecido de Jesús; pero los pontífices y sacerdotes llevaron adelante sus planes insidiosos, y destituidos de todo sentimiento de humanidad la arrancaron de las almas tímidas para que

ni una sola diese el menor indicio de lástima: así lograron que á la arenga lastimosa de Pilatos contestase el pueblo ébrio de la sangre del justo y poseído de furiosa venganza: Crucificalo, crucificalo. Los que mas se esforzaban en gritar eran los príncipes de los sacerdotes y sus ministros, siendo así que eran los que por su empleo y destino á los ministros sagrados debían aborrecer mas la efusion de una sangre tan inocente y purísima. A esta escena tumultuaria de sedicion, de horrores y de muerte, parece que se enfureció algun tanto Pilatos, y no pudo menos de contestar: Tomadle vosotros y crucificalo; por lo que á mí toca, yo le encuentro inocente y no puedo determinar que muera. Esto era abandonar al justo á manos de la justicia y crucificarle por sí mismo; pues la pública confesion de la inocencia de Jesús no era mas que confesar abiertamente su injusticia, entregando en manos de los verdugos al hombre que segun su propio testimonio no merecia la pena de muerte, segun la resultancia de las investigaciones que habia hecho.

Creyeron los judíos que la contestacion que habian dado al presidente no era suficiente aun para doblegarle á que pronunciase la sentencia contra Jesús, atendida la réplica que les habia hecho, y así le añadieron: Nosotros tenemos ley, y segun nuestra ley debe morir, porque se hizo Hijo de Dios. Al oír Pilatos estas razones, se halló combatido de muy encontrados afectos: por una parte creia deber perseverar en su dictámen, considerando que aquel á quien habia tratado como reo, era un hombre á todas luces grande, singular y extraordinario, ó por mejor decir, un Dios tal, cual no podia desconocerle ni aun un pagano criado en la idolatría; y por otra recelaba una conmocion popular si resistia condescender con las exageradas pretensiones de la Sinagoga, cuyas acusaciones versaban sobre dos delitos capitales. Con respecto al primero, que era el pecado de blasfemia que le imputaban, ya decian á Pilatos: Nosotros hemos cumplido con nuestra obligacion condenándolo á muerte como blasfemo, y venimos á pedir la confirmacion de nuestra sentencia. Mas en cuanto al segundo, que es el crimen de rebelion contra el César, ese es solo de vuestra inspeccion, y á vos toca condenarle á muerte de cruz; y así, crucificalo tú, que es á quien compete.

Esta reconvenccion de los judíos inspiró serios temores á Pilatos, entró otra vez en la audiencia, mandó á Jesús que le siguiera, y estando á solas con él le dijo: ¿De dónde eres tú? Lo que fué decirle: Tales son las cosas que oigo decir, que comprendo no estar bastante instruido sobre tu origen. Hasta entonces habia tambien crecido la admiracion de Pilatos al observar la imperturbable serenidad del Redentor, que unida á la eficacia de sus palabras no solo habia hecho otra impresion terrible en su oído, sino que de tal manera habia penetrado su corazon, que estaba firmemente persuadido de su inocencia. Otro nuevo incidente vino á acabar de comprimir y perturbar el ánimo del juez en esta ocasion: un hombre enviado por la mujer del mismo que traia órden expresa de su esposa, se acercó á él y le dijo de esta manera: Oid lo que me encarga os diga vuestra propia mujer; guardaos bien de fallar en la causa de ese justo, cuyo proceso examináis. Es inocente, y á él debeis proteccion y amparo; yo he sido atormentado terriblemente por su causa en esta noche pasada con visiones que me han asustado mucho, y así mirad bien lo que haceis; sin duda el Dios de los judíos ha querido darme á conocer que ama mucho á este hombre, y quiere que os dé yo este aviso para que lo enviéis absuelto.

Fácil es de conocer la terrible impresion que haria este mensaje en el ánimo de Pilatos, ya afligido y atemorizado; y aunque sabia que Jesús era galileo, parece que queria investigar claramente su origen y el de sus ascendientes para imponer miedo á la ferocidad de los ministros de la Sinagoga, y conseguir por este medio la libertad de aquel desgraciado. El Salvador empero no respondió palabra á esta pregunta, porque habia resuelto no decir cosa en su defensa; y como por otra parte conocia que no debia explicar el misterio de su origen á un hombre que sobre la materia de su reinado habia demostrado demasiada curiosidad sin mostrar deseo alguno de instruirse en lo que era de mas importancia, llevó adelante su determinacion, guardando sobre este punto profundo silencio; y sobre todo, porque la muerte del Mesías en una cruz y su gloriosa resurreccion deben preceder á la instruccion de los pueblos y preparar los caminos entre los gentiles para la verdadera religion.

Ofendióse Pilatos por el silencio de Jesús, y como enojado le dijo: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder y autoridad bastante para crucificarte ó para soltarte? Jesús empero que nada habia contestado cuando se trataba de su defensa, no quiso callar cuando llegó el caso de defender el honor de su Padre y de corregir la soberbia de un juez que tanta presuncion tenia en su propia autoridad y poder; y así le dijo: Ninguna potestad tendrias sobre mí si no te fuera dada de lo alto; que fué como si dijera: Todo hombre está sujeto al imperio de la ley, y no á los caprichos y arbitrariedad de los jueces, los cuales reciben de los príncipes soberanos la autoridad pública; no para abusar de ella, sino para la conservacion del órden y la seguridad de los ciudadanos; para refrenar la licencia de los malvados, y hacer que reine la justicia y no se viole á ninguno su derecho. Por disposicion del cielo va á servir el poder que te se ha dado á la ejecucion de los designios de Dios y al cumplimiento del sacrificio que yo quiero hacer de mi vida por la salud de todo el mundo. Mi muerte está decretada por mi Padre; mas no por eso dejarás de ser reconocido por un violento opresor de la inocencia que debias proteger, aprovechando la fuerza y la autoridad que para eso se te ha confiado. Tu inconstancia, flaqueza y cobardia, tu interés y vil condescendencia, te hacen inexcusable; ¿y cuánto mas lo será ese pontífice que al frente de su pueblo, á quien ha seducido, me entrega en tus manos y violenta con esa conmocion popular tu equidad y tu justicia?

Desde entonces procuraba Pilatos hacer nuevos esfuerzos y apurar todos los recursos para dar libertad á Jesús, porque temió algun golpe de la justicia divina; pero como buscaba los medios con demasiada precaucion y timidez, hizo que arrojase la justicia sus últimos suspiros entre sus propias manos, y que le abandonase esta preciosísima virtud en el momento mismo en que debía haber manifestado mayores fuerzas para conservarla. Dejóse ver del pueblo, y con él se dejaron ver al descubierto todas sus inquietudes. Dijo en favor de Jesús cuanto se puede imaginar de mas eficaz y fuerte, pidió su libertad; y porque no le mandaba y ordenaba como dueño, se la negaron gritando tumultuariamente, que si concedia la liber-

tad á un hombre tan criminal como aquel, no seria buen ministro ni amigo del César. A vos os toca, le decian, mantener los derechos del imperio, como á nosotros el defender la integridad de nuestras leyes. ¿Y cómo podreis creer que un hombre que se declara por rey de los judfos no sea enemigo del César? Todo aquel que se hace rey contradice al César. Oyendo Pilatos resonar en sus oídos el nombre del César, temiendo una conspiracion, y mas al verse comprometido en la corte del emperador, se olvidó de sus buenos deseos; y como temiese mucho mas la indignacion de su príncipe que la venganza del cielo, enmudeció, tembló, y se rindió cobarde y traidoramente, resolviéndose á condenar al Santo y justo por esencia y por naturaleza. Así que, llevó fuera á Jesús; y como á las seis horas de aquel dia, que era viernes, y víspera y preparacion de la Pascua, asentándose en el tribunal que venia á caer en frente del patio, al que los griegos llamaron *Lithostrotos*, porque estaba guarnecido de bellisimas piedras unidas con mucho arte á lo mosaico, y en hebreo se llamaba *Gabbatha*, que significa lugar elevado, ordenó á sus ministros que le trajesen agua, hizo que le echasen sobre sus manos lavándose las en presencia de todo el pueblo, diciendo en alta voz: Tomo al cielo por testigo que estoy inocente de la muerte de este justo. Si vosotros estais resueltos á cargar con la terrible responsabilidad que ha de pasar sobre vuestras conciencias, allá lo veais: la ira de vuestro Dios se haga sentir sobre las cabezas de los verdaderos culpados. Y volviéndose entonces á Jesús que tenia á su lado, le hizo avanzar un poco hácia su presencia, y dijo en alta voz á los judfos: Veis aquí á vuestro rey. Y como luego se oyó gritar en todas partes: Apártale, quítale de nuestra presencia, hazle morir, crucifícale; se contentó con responder con frialdad é indiferencia al pueblo alborotado: ¿A vuestro rey he de crucificar? Respondieron los pontífices: No tenemos mas rey que el César. Cada vez que se repetia el nombre del César, temblaba Pilatos y se estremecia en su corazon; y viendo que el tumulto arreciaba, y que nada podia ya adelantar para contener el furor del pueblo, y oyendo que en contestacion á cuanto habia dicho dicho, repetia con furor: Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hi-

jós; esto es, consentimos en que se nos impute esta muerte, y nos constituimos responsables de todas sus consecuencias, determiné por último complacer al pueblo; y sentenciando según ellos lo pedían, condené á muerte al Hijo de Dios vivo, Redentor y Salvador de los hombres, Jesucristo Dios y hombre verdadero, entregándole á la voluntad de los verdugos para que fuese crucificado.

He aquí un trasunto de la sentencia con que fué condenado Jesucristo Redentor nuestro á muerte afrentosa de cruz.

## SENTENCIA.

Nos, Poncio Pilato, gobernador de toda la provincia de la Judea por el sacro imperio romano, estando en nuestro tribunal y sala de audiencia, oídas las acusaciones criminales de los sacerdotes, escribas y fariseos, la conmoción y clamor del pueblo contra Jesús de Nazareth, concordando todos y diciendo cómo ha alborotado y conmovido toda la ciudad y pueblos, enseñando doctrinas nuevas contra la ley de Moisés, haciéndose autor de una nueva ley, pretendiendo alzarse rey, y como á tal habiendo tenido atrevimiento de entrar triunfante con ramos y palmas dentro la ciudad, y por haber menospreciado la jurisdicción y autoridad del grande emperador César, prohibiendo á los vasallos le pagasen el tributo; pero lo que causa aun mayor escándalo es, que como á presuntuoso y blasfemo se ha gloriado y ha dicho muchas y diferentes veces que era Hijo de Dios, siendo hombre de baja condición, hijo de un pobre artesano y de una pobre mujer llamada María, fingiendo ser muy santo, siendo muy engañador, hombre inquieto, conspirador y destructor del bien comun. Habiendo cometido muchos otros enormes delitos, mas dignos de ser castigados que publicados.

Por tanto, habiendo considerado muy bien y examinada la verdad de las sobredichas acusaciones, hallándose gravísimos sus delitos, juzgamos debe ser condenado y sentenciado, como de hecho lo condenamos y sentenciamos á que sea conducido por las calles acotumbradas de la santa ciudad de Jerusalem, de la manera que está coronado de espinas, con una cadena y dogal al cuello, llevando él

mismo la cruz, acompañado de dos ladrones para mayor afrenta, hasta la montaña del Calvario, donde acostumbran ser ajusticiados los hombres facinerosos, y allí sea crucificado en su cruz, en la cual estará colgado hasta después de muerto, sin que alguno se atreva á quitarlo de ella sin nuestra autoridad y licencia. Los dos ladrones estarán igualmente colgados en sus cruces, uno á la derecha y otro á la izquierda, residiendo en medio como á rey para mayor escarnio y afrenta, para que sea ejemplar y escarmiento de todos los malhechores. Cuya sentencia mandamos publicar al sonido de la trompeta y en alta voz por el pregonero, para que llegue á noticia de todos y nadie pueda alegar ignorancia alguna.—PONCIO PILATO.

15.

*Salte Jesús de Jerusalem llevando la cruz á cuestas: en su marcha al Calvario profetiza la ruina de la ciudad ingrata, y luego que llega al lugar del suplicio es crucificado entre los dos ladrones que le acompañaban.*

Debían cumplirse los oráculos de los profetas, y muy en particular los de Jesús, que había dicho: *El Hijo del hombre será entregado á los príncipes de los sacerdotes, los que lo entregarán á las gentes para ser burlado, azotado y crucificado.* David había previsto estos grandes acontecimientos; y poseído de suma tristeza había preguntado al mismo Hijo de Dios: ¿Por qué motivo, Señor, bramaron de coraje y rabia, y se amotinaron las gentes y los pueblos, meditaron cosas vanas é injustas? Alzáronse los príncipes de la tierra, y de comun acuerdo consultaron en secreto contra el Señor, y contra su Cristo y su ungió [1]. Ciertamente se juntaron en esta ciudad ingrata Herodes y Poncio Pilato con las gentes y el pueblo de Israel, para hacer lo que estaba decretado en los consejos eternos. Rompieron como deseaban la coyunda de la justicia, y sacudieron el yugo ligerísimo y suave del Señor. Mas el que mora en los cielos se retiró de todas sus determinaciones; el Señor se bur-

[1] Ps. 2, vs. 1 et 4.

lará de ellos, les hablará en medio de su furor y los conturbará con su saña; y entonces serán entregados al poder de los enemigos invisibles, á quienes obedeciendo ahora entregaron al Cordero de Dios á los voracísimos lobos para que fuese devorado, á rabiosísimos perros para que fuese mordido, y á cruelsísimos leones para que fuese despedazado; y así fué que pronunciada la sentencia le cogieron los soldados, y con bárbara inhumanidad é indecible fiera le arañaron la púrpura que por mofa le habían vestido; y como estaba pegada al cuerpo con la sangre congelada, le renovaron enteramente una gran parte de sus llagas, causándole nuevos é intensísimos dolores. Vistiéronle sus propios vestidos para que fuese conocido de todos; cargaron sobre sus propios hombros la pesada cruz en que había de ser clavado; y cargado con esta vergonzosa y pesada carga, le hicieron emprender la marcha hácia el Gólgota ó Calvario [1].

[1] Disputase con calor de qué maderas fuese el leño, santo, si de una sola ó de muchas; y de ahí toman pié los heresiarcas é impíos para mofarse y escarnecer la adoracion que los verdaderos fieles dan el signo de la salud y árbol sagrado de la redencion; pero sea de una ó de muchas maderas, ¡no es cierto que fué santificado estando pendiente de él el Dios Redentor y Salvador nuestro? Para adorarla, pues, y venerarla, esta sola razon nos basta. Sin embargo, no está por demás saber que son varias las opiniones aun de los padres y doctores de la Iglesia sobre este particular. El venerable Beda, en las *Colectas*, dice: Que la cruz de Cristo fué de cuatro maderas, á saber, ciprés, cedro, pino y boj; pero que esta última se halló solo en la tablilla donde se estampó el nombre y dignidad de Jesús, á saber: *Jesus Nazareno, Rey de los Judíos*. El ciprés desde el pié hasta el crucero, y desde este arriba, al pino; siendo el crucero ó los brazos de cedro. A esta opinion se une *san Juan Crisóstomo*, como se ve en su obra *De veneratione Crucis*, tomo 1.º, cerca del fin. *Anastasio Sinaita*, lib. 5, in *Hazam*, y otros varios. Hay otros que dicen que la cruz del Salvador constaba de cuatro maderas, que eran, cedro, el ciprés, la palma y la oliva, y lo comprendieron y explicaron en estos tres versos:

Quator ex lignis Domine crux dicitur esse,  
Pes crucis est cedrus; corpus tenet alta cupressus,  
Palma manus retinet, titulo laetatur oliva.

*San Gregorio Nysseno*, en la oracion ó sermón del Bautismo, dice: Que fué de un árbol vil y mas despreciable que todos los demás; cuya opinion siguió *Greterio*, lib. 1.º de *cruce*, cap. 6; *Alphonso Ciaconio*, en el libro que intituló: *De signaculo Santissimae Crucis*, cap. 30, asegura que fué de carrasca ó encina; ya porque este era en la Judea un árbol que á cada paso se hallaba, ya porque era sólido, firme y pesado; por

La palabra *Gólgota*, en su derivacion tomada del siriaco, significa la *calavera del hombre*, por verse en aquel lugar muchas de hombres que habían sido ajusticiados por sus delitos. San Pablo dió la azon por qué Jesús había de padecer la muerte fuera de la ciudad cuando dijo [1]: Los cuerpos de los animales cuya sangre introduce el pontífice en el santuario por los pecados, son quemados fuera del real, y por eso también Jesús para santificar al pueblo con su propia sangre, padeció fuera de la puerta.

Los malos tratamientos que había recibido durante la noche, y sobre todo el diluvio de azotes y la coronacion de espinas, en que acababa de perder tanta sangre, habían reducido su cuerpo á tan grande flaqueza, que al salir de la ciudad cayó bajo el peso de la cruz. Dejóse ver oprimido de ella, gimió, y se detuvo sin poder dar un paso adelante. Se puede hacer juicio con qué ojos mirarian los verdugos su desfallecimiento, y la inhumanidad con que insultarian su debilidad y flaqueza. Ya no le esperaban las turbas que saliese para tocarle, como en otro tiempo, y conseguir la salud, sino para crucificarle; y la gente que antes clamaba para que se le quitase de delante y se le crucificase, ya se alegraba de ver que se cumplieran sus deseos. Precedía el trompeta, y con el ronco y clamoroso sonido convocaba toda la ciudad á las puertas, y seguian los ministros de justicia, los verdugos y soldados, y los dos famosos ladrones, tanto ó mas perversos que el mismo Barrabás; y por último, se presentaba manchado con una sangre no manchada el gran

cuya razon fué preciso que buscasen una ayuda que auxiliase al Salvador y ayudase á llevar la cruz.

Sobre las dimensiones y espesor de la cruz son también varias las opiniones. El citado *Alphonso Ciaconio* en el mismo libro, cap. 31, dice: Que segun afirmaba una muy antigua tradicion, tenia la cruz quince piés de largo y el crucero ocho; y que el espesor ó grueso de ella era de medio pié, cuya opinion se adhiere *Greterio* en el capítulo 1.º del prenotado libro. El doctor *san Buenaventura* y los santos *Vicente Ferrer* y *Bernardino de Sena*, también creen y dicen que la cruz del Salvador tenia estas dimensiones, y se componia de las sobredichas cuatro maderas, cedro, ciprés, palma y oliva: respetando empero la opinion de tan eminentes doctores y venerables santos, nos adherimos mejor á la del grande *san Gregorio Nysseno*, puesto que no habiendo decision alguna de la Iglesia, nos es licito y permitido seguir la que mas nos plazca. (Nota del T.)

[1] Ep. ad hebreos, cap. 13, vs. 11 et 12.

destructor de los infiernos, el gran vencedor de la muerte, el subyugador del pecado, el Redentor del mundo, Jesús cargado con la cruz, y con la cruz triunfante. El pueblo que seis días antes al recibirle dentro de los muros de la ciudad había cantado alegre: Bendito el que viene en el nombre del Señor, le maldecía al salir; y mientras llevaba la cruz, lo crucificaban con sus voces ya que no podían con sus manos. Iba Jesús por medio de ellos, para obrar en medio de la tierra la salud de todo el universo, como mediador entre Dios y los hombres. Así aquellos enfermos ya frenéticos despedían de sí y arrojaban al médico de quien salía virtud para sanar á todos. Así los hijos de ira repudiaban al Padre de misericordia; así los siervos malvados arrojaban de su casa al Señor de la familia; así los trabajadores inicuos echaban al heredero fuera de la viña. Con esta lúgubre pompa, bajo la infame mole de aquel árbol y el ignominioso peso de la cruz, va por las plazas de Jerusalem el Hijo de Dios, repitiendo muchas veces entre sí: *Jerusalem, Jerusalem, ¡cuántas veces quise congregar tus hijos como la gallina congrega sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste* [1].

Aunque el Señor se conservaba con su divina virtud la vida por algunas horas, según el tiempo destinado por su infinita sabiduría, y á pesar de todo el poder humano, no había de morir sino cuando fuese su santísima voluntad: como esto lo ignorasen los judíos, temieron con razón que oprimido del peso de la cruz espirase entre sus manos y no lograsen el placer de verle morir en un suplicio, destinado solo para los homicidas y ladrones. Por este temor bien fundado determinaron detener á un paisano israelita de religion, originario de Zírene en Libia, llamado Simon, padre de Alejandro y de Rufo, que venia del campo, y lo precisaron á llevar detrás de Jesús la cruz pesada, que por su flaqueza no podía llevar el Hijo de Dios. ¡Oh Simon! ¡cuánto te envidiamos, y cuánto te admira toda la Iglesia de Jesucristo! En otras circunstancias hubiera sido una afrenta vergonzosa para un hombre libre el precisarlo á este ministerio; ¡pero qué honor y dicha tan grande ser en esta ocasión escogido de Dios para aliviar el trabajo de su precioso Hijo! Puede ser

[1] Lucæ. cap. 19.

que no conociese desde luego el Cireneo el precio del favor que se le hacia; pero no se puede dudar mucho que recibido en adelante en el número de las conquistas de Dios crucificado, no haya echado cien veces mil bendiciones á su dicha. Que en verdad dichoso por haber podido aliviar, aunque por pocos instantes, á Aquel que voluntariamente cargó sobre sí todos los pecados del mundo, para que, como dice san Pedro [1], muriendo nosotros al pecado, vivamos á la justicia con cuyas heridas hemos sido sanados. Mas aunque este piadoso israelita pudo aliviar un tanto al Señor su pesada carga, no por eso le libró de todos los tormentos: vivía Jesús únicamente para padecer, y así buscaba nuevas penas, multiplicándose interiormente sus dolores, mientras que exteriormente manifestaba tomar algún alivio.

Seguían al Señor una gran multitud del pueblo fiel y de mujeres piadosas que con sus lágrimas y suspiros manifestaban cuán intensamente sentían sus tormentos, dando así al inocente sacrificado testimonio público de la tierna y respetuosa adhesión que tenían á su persona. Mas Jesús, que había rehusado responder á los grandes de este mundo, no quiso dejar sin una tierna y cariñosa respuesta las fervorosas lágrimas de aquellas verdades israelitas, y así las dijo: *Hijas de Jerusalem, no lloreis sobre mí, sino sobre vosotras llorad y sobre vuestros hijos, porque presto vendrán días en que dirán: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no criaron.* En aquellos días buscarán los hombres la muerte y no la hallarán; desearán morir y la muerte huirá de ellos [2]. Entonces se meterán por las cavernas de las peñas y por las aberturas de la tierra, huyendo de la presencia espantosa del Señor y del resplandor de su Majestad [3]. Y comenzarán á decir á los montes y á las peñas: *Caed sobre nosotros; y á los collados, enbrídnos, envolvednos bajo de vuestras ruinas* [4]. Escondednos de la cara de Aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero [5]. Porque si esto se ejecuta con el árbol fértil y verde,

[1] Ep. 1. = D. v. Petrus. cap. 2, v. 24.

[2] Apocalyp. cap. 9, v. 6.

[3] Isaías. cap. 2, v. 19.

[4] Osæ. cap. 10, v. 8.

[5] Apocalyp. cap. 6, v. 16.

¿qué se hará con el madero seco, y con el árbol estéril é infructuoso? Ciertamente el justo será probado y atribulado en la tierra; ¿pues cuánto mas el impío y pecador [1]? Y habiendo llegado el tiempo en que la adicción, la prueba y el juicio ha de comenzar por la casa de Dios, si comienza primero con nosotros ¿cuál será el fin y paradero de aquellos que no creen al Evangelio? Si el justo, difícilmente y con trabajo se puede salvar, ¿á dónde irán, donde parecerán el infiel y el pecador? De esta manera, olvidándose de sí mismo y afligiéndose por las desdichas de su pueblo, iba el Señor á ponerse en manos de sus verdugos y á presentarse á su cruz.

Como habia venido el Salvador al mundo para enseñarle y atraerle hácia sí, ni aun caminando desfallecido al suplicio pudo contener los ímpetus ardientes de su caridad, y no dar á los que le seguían lecciones mas importantes; y mientras marchaba como capitán aguerrido y valiente al lugar de la pelea, le seguían los dos ladrones que habian de ser ajusticiados con él. Era preciso que no faltase á la pasión del Hijo de Dios, tan dolorosa por sí misma, alguna de las circunstancias capaces de echar el colmo á su ignominia; y en medio de tantas penas el único alivio que se le concedió fué un poco de vino mezclado con mirra tan amarga, que ella sola tenía cuanto la hiel y el vinagre tienen de desapacible. Este era un calmante que se acostumbraba propinar á los ajusticiados para adormecer el sentido de los dolores. Jesucristo quiso experimentar toda la amargura y rigor de las penas, y desechó este pequeño alivio porque destinaba aquellas á la gloria de su Padre; y quiso reservar para sí todo su rigor, para lograr su mérito. En seguida desnudaron los verdugos á Jesucristo de sus propias vestiduras para crucificarle. Mas para verificar esta operación, fué preciso renovarle todas las llagas de su cuerpo sacratísimo; pues reseca la sangre, estaba la túnica pegada al cuerpo; por consiguiente arrancándose la, se le arrancó parte de su carne y piel, y corrió otra vez de su cuerpo abundancia de sangre. Fué preciso también arrancarle la corona de espinas y renovarle por consiguiente todas las llagas de su sacratísima cabeza, abriéndosele otras nuevas para ponérsela.

[1] Proverb. cap. 9, v. 31.

otra vez. Así Cristo con todo su cuerpo desnudo, expuesto por todas partes á la frialdad del aire, cubierto de la sangre que corría de su cuerpo, despedazado y llagado, oprimido de fatigas y colmado de dolores, tiende por una y otra parte sus ensangrentados ojos para ver si hay quien le consuele, y no lo encuentra. Ve á la espalda á su Madre, pero toda oprimida de dolor; clava en ella su vista, y comprende desde luego esta soberana Señora el sentimiento y la pena amarguísima de su Hijo al verse desnudo á la vista de tanta gente; y aunque se halla poco menos que exánime, corre al amado de su alma, y quitándose un velo de su cabeza, ciñó con él y cubrió los lomos de su hijo, como ella misma lo manifestó en una revelación á su querido san Anselmo con estas palabras: *Oye, Anselmo, de la manera que te refiero un hecho, el mas lamentable y triste, y que ninguno de los Evangelistas ha descrito: Habiendo llegado al lugar ignominiosísimo que se llama el Calvario, donde se arrojaban los perros y otros cuerpos muertos, desnudaron enteramente á mi único hijo Jesús de todos sus vestidos; y aunque yo estaba casi exánime, me quité sin embargo un velo de mi cabeza, corré á él y se lo até á los lomos [1]. [a].*

[1] Maxim. Xanthori. Div. Theat. part. 5, tract. 2, num. 74.

[a] Alphonso Tostado, paradoja 5, cap. 42, dice: Que Jesucristo llevaba en la cruz calzoneillos *Femoralia*, los que no le quitaron los soldados cuando le bajaron del madero santo; pero esta opinion no puede admitirse, porque es contraria á la comun de los padres y doctores. San Ambrosio en el lib. 10, sobre san Lucas, dice: *Refert considerare qualis ascensit; nudum video. Talis ascendit cuales nos. Autore Deo natura formavit: talis in paradiso homo primus habitaverat: talis ad paradysum homo secundus intravit.* Y san Atanasio dice: *Nudatur, ut ignominiam nostram legat.*

Con este motivo conviene saber cuántos eran los soldados que crucificaron á Cristo, puesto que se dice que se repartieron entre sí los vestidos del Salvador, y cuántas eran las túnicas ó vestiduras que usaba. Es opinion corriente y firme, que los crucifijos no fueron mas que cuatro, aunque los acompañantes el reo al suplicio fuesen muchos mas. Eran estos de los *Samnites*, que después llamaron *Brucios* ó *Brucianos*, como lo dice Pesto en la palabra *Brucianos*, y *Aulio Gelio* en el lib. 10 de las *Noches Atticas*, cap. 3.º, hacíaseles sufrir esta ignominia de ser como verdugos, en castigo de haber abandonado el campo de los romanos y pasádose al ejército de Annibal. Pero no era tan exclusivo este oficio, que no se admitiesen otros á él; y así presumen algunos, que entre aquellos Brucianos, habia también *Lucanos*, oriundos de los Brucios, y algunos *Calabreses* que Pilatos habia llevado consigo á Jerusalem.

Después de haber gustado Jesús el brebaje que le presentaron para hacerle sentir su amargura, no quiso beberlo (como dijimos), para sentir el alivio que de él podía esperar, y á fin de que se conociese públicamente que padecía solo por su buena voluntad y amor; y obediente entonces á la voz de los verdugos, se tendió sobre el madero de la cruz para ser crucificado, como efectivamente lo fué, sufriendolo todo con la mayor humildad, resignacion y paciencia. Con cuantos clavos empero fué Jesús crucificado, es motivo de otra polémica muy fuerte y reñida entre los escritores [1].

San Juan, que fué uno de los testigos presenciales, nos dice en el cap. 19, v. 23, que de las vestiduras de Cristo se hicieron cuatro partes, una para cada soldado, y túnica; que la túnica era *inconsutil*, esto es, tejida de arriba abajo, y toda de una pieza, sin costura alguna; y que viéndola así, dijeron los soldados: *No la partamos, sino echemos suertes sobre ella, á ver de quién será;* para que se cumpliesen las palabras de la Escritura que dicen: *Dividieron mis vestiduras, y sobre mi vestido echaron suertes.*

Con motivo de la entrada de los romanos en la Judea, empezaron los judíos á imitar sus costumbres; y usando estos dos vestiduras, y á mas la *capa ó manto*, como asegura *Varron en la Vida del pueblo romano*, las usaron tambien los judíos, segun afirma *Euthimio y san Gerónimo en la Epist. 128*. Y así, á mas de la *túnica inconsutil*, que estaba pegada al cuerpo, como la *Subucula ó camisa*, usaba Jesucristo otra túnica exterior, que era una especie de sotana muy parecida á la que usan los eclesiásticos, y la *capa*. Esta túnica y capa fueron las que se partieron, como dicen *Toledo y Rivera*; pero no la *inconsutil*: esta fué tejida por María santísima, siendo todavía muy niño el Salvador, y esta crecía con él, como crecían los vestidos de los hebreos en los cuarenta años que peregrinaron por el desierto. Esta tan santa y venerable reliquia que los soldados no se atrevieron á partir, se venera en la ciudad de *Tréveris* con mucha piedad y religion, yendo con gran frecuencia á visitarla los fieles de casi todo el mundo, obrando Dios por ella muchos y muy estupendos milagros.

[1] Que la cruz de Cristo fuese en todo parecida á la de los ladrones, y que las de estos fuesen en todo iguales á aquella, parece que queda fuera de toda duda, atendiendo á lo que dice la *Historia eclesiástica*, lib. 10, cap. 7 y 8, y la *Tripartita*, lib. 2, cap. 18, á saber: que cuando la bienaventurada santa Elena halló las tres cruces, no podía distinguirse ni conocerse cuál era la de Cristo; por cuya razon dicen *Juan Pico* en el libro que intituló *De pronotione; Tostado, paradoxa 2.<sup>a</sup>, desde el cap. 42 hasta el 68; Bartholomé de Medina, art. 3.º, quest. 46, part. 11, y otros muchos*; que los dos ladrones fueron crucificados con clavos como el Salvador; pues si así no fuera y hubiesen sido con cordeles amarrados á las cruces, como alguna vez los pintan, la de Jesús hubiera sido muy fácil de conocer, no apareciendo en las otras los agujeros de los clavos, y si en la de Cristo.

*Clavado el Salvador en la cruz, es escarnecido é insultado por sus enemigos; pronuncia desde ella siete palabras misteriosas, después de las que entrega su espíritu en manos de su Eterno Padre.*

Corría la horia de tercia cuando crucificaron los judíos á Jesús, y con él los dos ladrones, uno á la derecha y otro á la izquierda, y á Jesús en medio, segun la orden de Pilatos. El que en el cielo está circuido de ángeles, servido de dominaciones y tronos, asistido de principados y potestades, magnificado y engrandecido de arcángeles y virtudes, festejado y aplaudido de querubines y serafines; y es adorado y reverenciado de una inmensa multitud de santos que le alaban y bendicen por los siglos de los siglos; obra nuestra salud en medio de la tierra, clavado entre dos ladrones. Quién pue-

Dúdase empero con cuantos clavos fué clavado el Señor. La opinion mas corriente parece ser la que sostiene que lo fué solamente con tres, aunque tambien hay solidísimas razones para creer que fueron cuatro. *San Gregorio Nacianceno* llama á la cruz, *Lignum Triclaice*, y de ahí sin duda viene la opinion de los tres clavos; pero *san Gregorio Turonense*, en el libro que intituló *De gloria Martirum*, cap. 6; *Inocencio* en el sermón 1.º de un mártir; y *Francisco Toledo*, cap. 19 in *Joann*, aseguran que fué crucificado con cuatro clavos. De esta opinion es *san Cipriano* en el sermón de *Pasion*, en que habla, no de uno, sino de muchos clavos de los pies de Jesús; y lo mismo afirma el *Tostado*, paradoxa 3.ª, desde el cap. 7 al 12. Así que, esta opinion parece la mas probable, y la confirma una revelacion hecha á santa *Brígida*, que consta en el lib. 7, cap. 15; dice así: "Después de esto (haberle dado á beber hiel) subieron ellos por aquellas gradas, llevando al Señor con vituperio é irrision sobre manera grande, el que subia de buena voluntad, como cordero manso que va á su sacrificio. Y estando ya sobre aquellas tablas, no forzado, sino voluntariamente, extendió su brazo, y abriéndose su mano derecha la puso sobre la cruz, la que le traspasaron con inhumanidad aquellos crueles verdugos, pues se la taladraban con el clavo por aquella parte que el hueso tenia mas solidez; ataron después con un cordel su mano izquierda, y tirando de ella con violencia la hicieron alcanzar al lugar que tenian señalado, y la clavaron de la misma manera. Extendiendo después el cuerpo sobre la cruz mas de lo que era regular, pusieronle una pierna sobre otra, y así juntos los pies se los clavaron en la cruz con dos clavos." Con lo que se confirma y demuestra que el Redentor fué crucificado con cuatro clavos, por cuyas heridas acabó de darramar casi enteramente su sangre.

de contemplar al Hijo de Dios en el cielo, y al Hijo de Dios en la tierra, sin estremecerse y morir! Dios desde la eternidad, sin principio y sin fin, está por toda la eternidad sentado á la diestra de su Padre. Y Dios hecho hombre en el tiempo, nace en un establo, es reclinado en un pesebre y colocado entre dos bestias, y muere en un muladar, clavado en un madero y colocado entre dos ladrones; sin embargo, entre Belen y el Calvario hay una bien notable diferencia. Allí es festejado de los espíritus bienaventurados, con melodiosos himnos y músicas celestiales; es anunciado á los pastores y á los reyes sabios de Oriente, con la aparicion de nuevas luces y estrellas en el cielo; y es buscado de todos con afán, adorado y regalado. Y aquí es maldecido, blasfemado y escarnecido de los judíos, de los soldados romanos, y hasta de los verdugos; y el cielo, el sol, la luna y las estrellas, se visten de luto y niegan sus luces á la tierra, sepultándola entre tinieblas, para ocultar cuanto puedan la sangrienta tragedia que en ella se representa; y los inhumanos y feroces verdugos no presentan al Dios Criador y conservador de todo el universo, sino hiel y vinagre, tormentos y dolores, espinas, azotes, clavos y cruz. En el nacimiento, toda la tierra se reviste de hermosura y alegría, y los ángeles de paz discurren por los aires, se alegran y cantan; y en la muerte toda la tierra se estremece y tiembla, y los ángeles de paz, asomados á las puertas eternas de la gloria, lloran con la mayor amargura. ¡Qué contraste tan espantoso!

Mas para conciliar las opiniones al parecer encontradas de los Evangelistas, acerca de la hora en que Jesús fué crucificado y levantado en alto en la cruz, conviene saber que la division que los judíos hacian del día en cuatro espacios, que llamaban, *primera, tercia, sexta y nona* no podia ser tan exacta como la de nuestras horas. La primera abrazaba, así como cada uno de los demás espacios, tres horas poco mas ó menos, y se extendia desde el principio del día hasta las nueve; la tercia desde las nueve hasta medio día; la sexta desde esta hora hasta las tres, y la nona hasta las seis; pero siempre con algunas cortas diferencias nacidas de la mayor ó menor extension de los días. Por consiguiente, no es sino una contradiccion aparente, la que al parecer resulta entre el mo-

do que san Juan y san Márcos refieren el hecho de la crucifixion. El primero dice: Que era cerca de la hora de sexta; y el segundo dice: Que era la de tercia; y como esta corria desde las nueve hasta las doce, pudo decir san Juan muy bien: Cerca de la hora de sexta; y san Márcos, á la hora de tercia; á cuyo fin añadió el cardenal Baronio, esto es: *Corriendo después de tercia, á la hora de sexta.*

A lo mas alto de la cruz mandó Pilatos colocar en una tablilla estas palabras: JESUS NAZARENO, REY DE LOS JUDIOS; porque era este todo el fundamento de su condenacion, y al mismo tiempo un título glorioso, un testimonio público de su reinado, por mas que el mundo lo mirase como un juego y como una fruslería. Esta inscripcion fué leida de muchos judíos, porque el lugar donde crucificaron al Señor no estaba lejos de Jerusalem; y aun los mismos extranjeros que habian concurrido á la ciudad santa con motivo de la celebracion de la Pascua, podian enterarse de ella por estar escrita en tres lenguas las mas comunes y célebres de aquel tiempo, á saber, en hebreo, griego y latin. No agradó esto á los principales de los sacerdotes y escribas, porque mas que título de ignominia y afrenta, lo era de gloria, pues contenia verdades eternas; por cuya anunciacion habia perseguido la Sinagoga tan encarnizada al Redentor: era el justificativo de su inocencia, y de que Pilatos habia dicho la verdad, al asegurar tan repetidas veces que no hallaba en él causa alguna para condenarle; y era en fin una inscripcion que anunciaba á todo el universo, que el que estaba clavado en la cruz era verdadero Dios y hombre; porque se le veia padecer como hombre, se le anunciaba como Mesías prometido en la ley, Salvador verdadero de los hombres, Hijo de Dios, Cristo prometido, esperado y deseado de todos ellos. Bramaron entonces en verdad de coraje los pontífices; rechinaron los dientes y se enfurecieron los escribas; rabiaron y reventaron de ira los fariseos, porque conociendo la gloria de este título se prometian eclipsarla, y no pudieron; pues habiendo acudido á Pilatos para que lo borrara, y en su lugar pusiese que Jesús habia dicho: *Rey soy de los judíos*, no quiso esta vez acceder á su peticion; y cansado de su importunidad, los despidió diciendo: *Lo escrito, escrito*; sin que haya que esperar que se mude ni una sola letra. Pilatos en esta ocasion dijo, sin que él

lo supiera, que los judíos en la muerte de Jesús eran verdaderamente criminales por haberla pedido, y que él lo era tanto como ellos, por haberla otorgado. Jesús era Salvador, y por lo mismo no debía morir. Nazareno, que significa *florido y bello*, era el demostrativo de su candor é inocencia; por lo que no debía ser condenado. Si era rey, ¿quién tenía poder para juzgarle? Y si lo era de los judíos, ¿cuál era el respeto y veneracion que debían tenerle? Estas eran las grandes consideraciones que preocupaban los ánimos de los príncipes de la Sinagoga, y por cuya razon pedían á Pilatos borrar el título; pero no habia remedio, estaba escrito.

La víctima del mundo, la hostia pacífica que debía aplacar la justicia divina, estaba ya sobre el altar de la cruz. No quedaba ninguna duda de quién era, el título lo declaraba, y debía acreditar que en verdad queria ser el Salvador de los hombres, y hasta de sus propios enemigos y verdugos; con este motivo hace del suplicio un púlpito ó una cátedra majestuosa y santa, y empieza á dar desde ella las mas importantes y sublimes lecciones; ve los decretos de la justicia del Padre, contempla armada su diestra omnipotente y vengadora, y oye la voz terrible de la venganza, que le dice: ¡Hasta cuándo, Señor justiciero y santo, no tomas venganza en los pecadores de la sangre y agravios de tu inocente Hijo? Y cuando á este clamor ve armarse la justicia del rayo de su ira, entonces, mostrando el Redentor del mundo su infinita caridad, levanta sus ojos eclipsados al Eterno Padre, y representándole su obediencia y sus merecimientos, le dice: Padre y Señor mio, detén el brazo de tu justicia, y por esta cruz en que muero y la sangre que en ella estoy derramando, te pido y te ruego, que perdones á los pecadores las culpas con que me han puesto en la cruz. **PERDÓNALOS, PADRE; PERDÓNALOS, QUE NO SABEN LO QUE HACEN.** Hacen morir á tu Hijo UNICO, porque no lo conocen; y aunque su ignorancia, por ser voluntaria, los hace culpables, con todo, por mas que lo sean, son dignos de compasion. Ya no tenía el Señor libres en su cuerpo sino algun tanto sus ojos, porque algunas espinas le llegaban hasta las pupilas, y su lengua, y todavía lo empleaba gustoso por la salud de sus enemigos. En el lecho del dolor, pensaba pensamientos de paz y no de afliccion. ¡Oh caridad infinita de nuestro amo-

rosísimo Jesús, cuyo ardoroso incendio no pudieron apagar las aguas impetuosas de tanta crueldad y tribulacion! ¡Qué doctrina tan alta es la que nos enseñas! ¡Oh! ¡Y qué bien cumple el misericordiosísimo Jesús el precepto que nos enseñó para que perdonásemos á nuestros deudores! ¡Para que amásemos á nuestros enemigos, y rogasemos por nuestros perseguidores y calumniadores, y nos acreditásemos de hijos de nuestro Padre celestial que está en los cielos! Lo enseñó viviendo y lo practicó muriendo. ¡Quién se negará ya á seguir tan noble ejemplo! Preciso es pues perdonar, si queremos que Dios nos perdone.

Mientras que el Salvador se esforzaba en pedir á su Padre este perdón tan amplio y universal, se ocupaban los pontífices y sacerdotes, los ancianos y los escribas, en irritar la tropa corrompida del pueblo que solicitó su muerte, para que no dejasen de ultrajarle mientras viviese, ayudándoles ellos y animándoles con su ejemplo. La plebe soez pasaba por delante la cruz meneando su cabeza; é insultando al Señor decían: Bah, infeliz. Tú que te glorias de poder destruir el templo de Dios y de reedificarle en tres dias, danos ahora una prueba de ese poder omnipotente que te precias conservar: si eres verdadero Hijo de Dios, baja de la cruz, y te crearemos. Los príncipes de los sacerdotes y los escribas le maltrataban tambien é insultaban con burlas pesadimas; y mirándose los unos á los otros, dirigian sus gestos ridículos y de farsa al Señor, y decían: Este hombre ha librado á otros de la muerte, y á sí sólo no se puede librar: si es el Mesías escogido de Dios, si es el Rey de Israel, que baje de la cruz, que nos haga ver su poder, y creemos en él; dice que espera en Dios, que es Hijo de Dios; pues libréle Dios. Si le ama tanto como él decía, ahora puede manifestarlo, librándolo de la muerte.

No deben admirar estos excesos en un pueblo ignorante y seducido; pero que los príncipes y doctores de la ley se envilezcan hasta este extremo, y poco satisfechos con mirar en la cruz al que aborrecían como enemigo, quisiesen todavía hartar sus ojos con su afliccion é insultar sus dolores, esto es lo que no se debiera esperar, y lo que gente de su carácter no ejecutaba jamas sin deshonrar. Nunca se llega á este exceso, sino es cuando se aborrece mucho, y so-

bre todo, cuando se aborrece por envidia. Este escándalo abominable produjo todo su efecto. Uno de los dos ladrones que estaban crucificados al lado del Salvador, abrió también su inmundicia y sacriléga boca para insultar y blasfemar á Jesús, y le dijo: *Si tú eres Cristo, sálvate á tí mismo y á nosotros.* ¡Desgraciado ladrón! ¿por qué dudas? Si dudas, ya niegas; y si niegas, ¿qué esperanza puede quedarte del perdón! ¿No te mueve á confesar que es Cristo esa singular modestia en medio de tantas injurias, ese profundo silencio entre tantas afrentas, esa paciencia invicta entre tantas penas, esa acreditada inocencia entre tantas declamaciones, y esa voz de misericordia y amor con que acaba de pedir perdón al Padre por sus mismos verdugos?

No pudo el otro ladrón ser indiferente al exceso de crueldad de su compañero; y mas fiel á la gracia del Salvador con quien moría, entrando dentro de sí mismo y detestando sus primeros delitos, se tomó la libertad de corregir aquel compañero de sus desórdenes y de su suplicio, y le dijo: *¿Es posible que siendo tan desdichado en el estado en que te vés, y tan cerca de morir, no tengas temor de Dios? Tú imitas á la gente furiosa que carga de injurias y blasfemias á este hombre santo. Es verdad que se halla en el mismo tormento que nosotros; pero su causa no es la misma. Nosotros no tenemos razón para quejarnos, porque sufrimos lo que merecemos; pero este nada malo ha hecho, ningún delito ha cometido. Oigan esto el cielo y la tierra; oíganlo los judíos y los gentiles; oíganlo los pontífices y los escribas, Caifás y Pilatos, y los príncipes que le acusaron, que pidieron su muerte, y que después de crucificado aun le blasfemaban. Oíganlo en fin los apóstoles que huyen, los discípulos que se esconden, los amigos que callan, los judíos que le burlan, los romanos que le crucifican, todo el mundo que le condena; sólo un ladrón le absuelve, un ladrón acusa la injusticia de todos, un ladrón testifica la inocencia del que es condenado como delincuente, aunque dos Evangelistas digan que antes también lo insultó [1]; pero ya lo reconoce, lo confiesa, lo adora por su verdadero Dios. ¡Oh Señor! que eficaz es tu luz! ¿Quién habrá que resista*

[1] Math. cap. 27, v. 44. Marc. cap. 15, v. 32.

tus auxilios? Herido de ellos este ladrón feliz, vuélvese á Jesús, y con tierna, pero ardiente y amorosa voz, le dice: *En tí confío, Señor, y en tí espero; eres mi padre [1], eres mi Dios y Señor, eres*

[1] En el tomo 1.º, cap. 9, página 165, dijimos: Que el P. Ludolfo de Sajonia, citando á san Anselmo, creía que este ladrón dichoso y santo, fué el que huyendo Jesucristo á Egipto por temor de la persecución de Herodes, llevado en brazos de su Madre, arrancó de los de uno de sus compañeros al tierno infante que había arrebatado de los de esta para llevarse; y que entonces ya le pidió tuviese misericordia de él si se le ofrecía alguna ocasión desgraciada, rogándole no se olvidase de aquella en que usaba de misericordia con él. Máximo Xanthoni, en la parte 5.ª de su Divino Teatro, tratado 2.º, pág. 527, no solo confirma esto mismo, sino que añade: Que al ver entonces tanta hermosura y gracia en el niño, exclamó y dijo: *Que no era posible que un niño engendrado de hombre, fuese tan bello y agraciado; y que si lo fuese que Dios los tuviera, aseguraría que aquel bellísimo infante era Hijo de Dios.* Así fué, continúa Xanthoni, que este insigne ladrón, arrebatado no solo por la belleza del niño, sino también por la encantadora modestia y amabilidad de la Madre, no los robó ni molestó; antes bien los llevó aquella noche á su casa propia y les suministró todo lo necesario. Tenía el ladrón mujer, y un hijo tan lleno de llagas y úlceras, que parecía un leproso. Admirada también la mujer del ladrón, de las mismas gracias que veía brillar en aquel divino niño, y en su Madre, movida por un impulso interior, preparó un baño para que en él se lavara aquel tan precioso infante, creyendo firmemente, que si después bañaba en él á su propio hijo, recobraría la salud, como así efectivamente sucedió; lo que visto por el ladrón adoró como á dioses al niño Jesús y á su Madre santísima, y les dió un muy seguro acompañamiento para que los acompañasen hasta la ciudad. Dícese también que al despedirse el niño Jesús del ladrón, le habló, asegurándole, que por la humanidad que había usado con ellos, le daría un premio en el reino de su Padre; lo que efectivamente se cumplió cuando crucificado al lado de Jesús, viendo brillar su divinidad en medio de sus ultrajes, reconociendo le y confesándole por verdadero Dios, detestando sus pasados crímenes; le pidió perdón de todos ellos y le rogó se acordase de él cuando estuviese en su reino: á lo que contestó el Señor, ofreciéndole para aquel mismo día el paraíso. Este ladrón dichoso se llamaba *Dismas*; el desdichado emperero que no quiso convertirse, *Gestas*; algunos autores creen que los dos fueron Hebreos, pero otros varios, fundados en una tradición antigua firmada por varios doctores, aseguran que fueron egipcios.

Acercos de los varios motivos ó causas que pudieron influir en la conversión del buen ladrón, señalan algunos la de haberle tocado la sombra del brazo de Jesús: entre los que se cuentan *san Vicente Ferrer. Juan Echio, Pedro de Natalibus obispo, y Equilino, en el Catálogo de los santos, lib. 4, cap. 228, donde dice:* "En el tiempo de la muerte de Cristo, *Dismas* y otro ladrón llamado *Gestas* ó *Gestas*, fueron presos por los judíos y condenados á muerte de cruz. *Dismas* fué colocado á la derecha de Jesús y *Gestas* á la izquierda. Y blasfemando todo el pueblo al Salvador, también los dos ladrones que estaban crucificados lo